

a Gibraltar— nos dice que Liniers y el paisanaje porteño tenían razón. El mexicano Justo Sierra, mucho más tarde, y con la perspectiva de los años, advertiría la desdicha que hubiera sido para Hispanoamérica haber caído bajo el dominio del imperialismo inglés.

En su *Evolución política del pueblo mexicano*, pág. 151, Justo Sierra escribe: «Sin el levantamiento en España en 1808, México y toda la América española habrían sido, no una colonia, que esto era ya imposible, sino un dominio inglés, compartido, desde luego, con los angloamericanos.»

Por su parte, Francia —no obstante los principios de la Revolución Francesa— no renunció al dominio de España. La invasión napoleónica fue el hecho clave y concreto de esta voluntad de predominio.

¿Por qué Liniers y los criollos argentinos se oponen a la invasión de los ingleses?¹⁰ ¿Por qué, en un principio, hay en Hispanoamérica un apoyo al Consejo de Regencia y se establecen juntas?

El pleito final será entre criollos y peninsulares o entre patriotas y realistas, pero en medio de la contienda hay un hecho en el que me hace pensar una opinión de Pedro Henríquez Ureña sobre España en «Raza y Cultura»:

«Y durante esos cien años se ha discutido sin descanso la obra de España en América. En las campañas de independencia de las naciones hispánicas del Nuevo Mundo se juzgó necesario ennegrecer aquella obra. Después, los libros patrióticos de cada república nueva repitieron mecánicamente la propaganda de las campañas de independencia. Cuando, a fines del siglo XIX, hubiera podido alcanzarse la serenidad de juicio, a la última campaña se interpuso la guerra de Cuba. Pero al comenzar el siglo XX la atmósfera se despejó: no había ya guerras que pelear, podríamos mirar y juzgar con claridad y tranquilidad. Rápidamente va cambiando el juicio. No es sólo que se acepte la excusa que generosamente ofrecía a la “virgen del mundo, América inocente” Quintana, historiador a la vez que poeta: “Crimen fueron del tiempo y no de España”. Es que la conquista y la colonización se ven de un modo muy diverso: porque la verdad es que España se volcó entera en el Nuevo Mundo, dándole cuanto tenía. No pudo establecer formas libres de gobierno ni organización económica eficaz, porque ella misma las había perdido; pero dictó leyes justas. No estableció la tolerancia religiosa ni la libertad intelectual que no poseía; pero fundó escuelas, fundó universidades, para difundir la más alta ciencia de que tenía conocimiento. Y, sobre todo, su amplio sentido humano la llevó a convivir y a fundirse con las razas vencidas, formando así estas vastas poblaciones mezcladas, que son el escándalo de todos los “snobs” de la tierra, de todos los devotos de la falsa ciencia o de la literatura superficial, pero que para el hombre de mirada honda son el ejemplo vivo de cómo puede resolverse pacíficamente, cristianamente, en la realidad, el conflicto de las diferencias de raza y de origen. Durante el siglo XIX se hizo costumbre afirmar la superioridad de otras naciones sobre España y Portugal como colonizadoras. ¡Como si hubiera superioridad en trasplantar a suelo extraño las condiciones de la vida europea, pero para disfrutarlas el europeo sólo, negándoselas o escatimándoselas a los nativos!»

Me parece importante este breve ensayo de Pedro Henríquez Ureña, «Raza y Cultura», que publica —como ya vimos— *Repertorio Americano*, que orienta Joaquín

¹⁰ «En una de sus proclamas, Liniers exhortaba al pueblo de Buenos Aires colonial a rechazar la invasión, para no convertirse en otro tipo muy inferior de colonia. [Liniers debía conocer muchas que aún hoy confirman su juicio!», escribe Pedro Henríquez Ureña en «Raza y Cultura», en *Repertorio Americano*, San José, Costa Rica, Tomo XXVIII, Año XV, N.º 665, 6 de enero de 1934.

García Monge en San José de Costa Rica. El número es el 655 del 6 de enero de 1934. En este trabajo, donde se abordan asuntos que me parecen muy importantes en relación con la comunidad hispánica, Pedro Henríquez Ureña hace la observación inicial que «el mundo marcha más despacio que el pensamiento generoso».

De estas observaciones del humanista dominicano me parece necesario retener: a) donde dominaba la indiferencia y limitación se ha desarrollado la conciencia de nuestra comunidad espiritual de la unidad esencial de los pueblos hispanos, «la conciencia de “la raza”, denominada así, no ciertamente con exactitud científica, pero sí con impulso de simplificación expresiva»; b) «Junto a las gentes del viejo solar ibérico, donde se superponen culturas milenarias, desde las más antiguas del Mediterráneo, ligadas a troncos raciales diversos, están los pueblos indígenas de las dos Américas, cuya inmensa variedad lingüística desaparece bajo la lenta pero segura presión del español»; c) Opina Pedro Henríquez Ureña que el Día de la Raza bien pudiera llamarse el Día de la Cultura Hispánica; d) «Lo que une y unifica a esta raza, no es real sino ideal, es la comunidad de cultura, determinada de modo principal por la comunidad de idioma»; e) «Pertenece al Imperio Romano, decía Sarmiento hablando de estos pueblos de América; pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra imagen de raza, no real sino ideal»; f) Pedro Henríquez Ureña piensa que es probable que padezcamos una crisis transformadora, una crisis de civilización y opina que el contacto entre España y América, ha dado gradualmente al espíritu español amplitud y vastedad que van en progreso; g) «Aunque España creó el tipo del hombre señorial, como dice Vossler, y el español más humilde tiene aire de caballero, como dice Belloc, nunca se incubó en España ninguna doctrina de superioridad de razas ni de climas, como las que en nuestra era científica corren, miméticamente disfrazadas de ciencia, como reptiles verdes entre hojas nuevas o insectos pardos entre hojas secas. La amplitud humana del español necesitaba completarse con la amplitud intelectual para crear la imagen depurada del tipo hispánico. A eso aspiran, desde su nacimiento, las repúblicas hispánicas de América. A eso tiende, en el siglo XX, la España nueva», y h) «España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza». «Sobre la buena voluntad se cimenta la obra de confraternidad hispánica. En esta obra debemos todos unir nuestro esfuerzo, para que la comunidad de los pueblos hispánicos haga, de los vastos territorios que domina, la patria de la justicia universal a que aspira la humanidad».

En estas últimas líneas advierto la proyección final, ideal, de lo que será uno de los temas capitales de Pedro Henríquez Ureña: la utopía de América, que es un proyecto sustentado desde lo real posible y deseable.

Factores y circunstancias culturales

Este pleito entre la familia hispana y que llena el siglo XIX tiene, como toda disputa familiar, sus altos y bajos, sus iras y sus ferocidades —que nos hacen pensar en el destino griego—, y sus períodos de calmados parlamentos y hasta sus brindis de

reconciliación, pero como todo conflicto entre parientes, y que se encona, cruzan profecías y amenazas, acciones, hechos violentos y se pasa de la paz a la guerra como de una habitación a otra de una casa.

El juramento de Bolívar en el Monte Sacro de Roma —en donde promete la libertad de la América hispana— es realismo, visión, previsión, quijotismo, profecía, como lo es su célebre Carta de Jamaica de 1815. Es visión de estadista continental en el Discurso ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, y es el ideal político de una Hispanoamérica unida, de un primer congreso de pueblos, con peso internacional, que está en el plan de Bolívar para la convocatoria de naciones para el Congreso de Panamá, donde la carta de Bolívar desde Lima, el 7 de diciembre de 1824 es meridiana y expresiva.

Pienso que Bolívar es uno de los puntos de partida de la tesis de Pedro Henríquez Ureña sobre la Utopía de América, y acaso el ideario bolivariano —con el ideario martiano— constituyen sus soportes fundamentales. Hay que agregar, luego, los aportes de Bello y Hostos, de Sarmiento y Rodó, de Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos, y otros.

En la acción de Bolívar se pasa desde la letra y actividad de la llamada «La Guerra a Muerte» —que tiene el sello trágico de un gran drama griego— al abrazo y banquete de Santa Ana, en los Andes, entre Bolívar y el general español don Pablo Morillo; desde la comunicación de Bolívar a Fernando VII, desde Bogotá, el 24 de enero de 1821 («vendrán los españoles a recoger los dulces tributos de la virtud, del saber, de la industria, no vendrán a arrancar los de la fuerza») hasta la carta al general español Miguel de la Torre —el 21 de enero de 1821— («Me doy la enhorabuena, mi querido general, de que sea usted el jefe de mis enemigos, porque ninguno es más capaz que usted de hacer menos mal ni mayor bien. Usted es el que debe estancar las heridas de su nueva patria.»)

Esto sólo intenta reiterar los vaivenes de la discordia, de la discrepancia, de la reyerta de la familia hispana y recorro al ejemplo de una figura representativa y simbólica de esta etapa de enfrentamientos armados. Por otra parte, desde otro ángulo, Bolívar es nuestro primer ejemplo del prerromanticismo o el romántico hispanoamericano en la letra que se convierte en acción, en la acción que es una forma de escritura romántica. Bolívar, tan de raíces de la cultura española es, también, al mismo tiempo, una figura nutrida en el pensamiento de los enciclopedistas franceses y un hijo espiritual de Rousseau, además de devoto de Voltaire.

Como España —la madre— se empeñaba en que los hijos hispanoamericanos no leyeran a los pensadores franceses enciclopedistas —y esto ocurre en las mejores familias— los hijos se empeñaron en buscar lo prohibido y, por ahí, la cultura francesa —con los enciclopedistas como vanguardia proselitista— empezó a caminar los caminos de Hispanoamérica.

Vivimos, en el siglo XIX, un siglo cultural hispanoamericano en pleito ideológico con la madre España y nos empeñamos en afrancesarnos, primero en la lucha independentista o separatista y, luego, porque nos parecía que era «de buen tono» el afrancesamiento cultural.

Algunos de los románticos españoles más connotados viven sus exilios y destierros